

Capítulo XXIII

De cómo los romanos cuando tenían que tomar alguna determinación respecto a sus súbditos, evitaban los partidos medios

*Jam Latio is estatus erat rerum, ut neque pacem, neque bellum pati possent.*¹ De todas las situaciones desgraciadas, la más infeliz es la de una república o un príncipe reducidos a términos de no poder estar en paz ni en guerra. En este caso se encuentran los que para la paz sufren condiciones demasiado gravosas, y para la guerra se exponen a ser presa de sus aliados o de sus enemigos. A tal extremo se llega, o por los malos consejos, o por las malas determinaciones, o por no calcular bien las propias fuerzas, como antes dijimos; porque la república o el príncipe que las mide bien, con dificultad llega al término en que se encontraron los latinos; quienes no supieron hacer la guerra ni la paz con los romanos cuando debían hacerla, de modo que la enemistad y la amistad de Roma les fue igualmente perjudicial. Los venció y redujo a la mayor extremidad, primero Manlio Torcuato, y después Camilo, que les obligó a entregarse incondicionalmente a los romanos, puso guarnición en todas las ciudades del Lacio, recibió rehenes, y al volver a Roma dijo al senado que todo el Lacio estaba en su poder.

Y porque lo hecho entonces es notable y deben tenerlo en cuenta los príncipes en ocasiones semejantes, referiré las palabras que Tito Livio pone en boca de Camilo, las cuales manifiestan el procedimiento usado por los romanos para ensanchar sus dominios, y muestran que en los asuntos de estado prescindieron de los términos medios y acudieron a los extremos, pues gobernar no es otra cosa que mantener a los súbditos de modo que no puedan ni deban ofender, cosa que se consigue, o sujetándolos de manera que les sea imposible dañarte, o beneficiándolos hasta el punto de que no sea razonable deseen mudar de estado.

Esta distinción aparece clara en lo que propuso Camilo y acordó el senado.

Sus palabras fueron:

Dii immortales ita vos potentes hujus consilii fecerunt, ut sit Latium, an non sit, in vestra manu posuerint. Itaque pacem vobis, quod ad Latinos attinet, parare in perpetuum vel sciviendo, vel ignoscendo potetis. Vultis crudeliter consulere in deditos, victosque? licet delere omne Latium. Vultis, exemplo majorum, augere rem romanam, victos in civitarem accipiendo? materia crescendi per summam gloriam supeditat. Certe id firmissimum imperium est, quod obe-

¹ De tal suerte estaban ya las cosas en el Lacio, que no podían sufrir ni la paz, ni la guerra.

*dientes gaudent. Illorum igitur animos, dum expectatione, stupent, seu poena, seu beneficio præoccupari oportet.*¹

A esta proposición sucedió el acuerdo del senado enteramente conforme con las palabras del Cónsul, y de las ciudades de Lacio que tenían alguna importancia, unas fueron beneficiadas y otras destruidas. A los habitantes de aquéllas les concedieron exenciones y privilegios y el derecho de la ciudadanía, dándoseles toda clase de auxilios. Los de las segundas fueron arrasadas sus tierras, a donde fueron enviadas colonias y, conducidos a Roma, les dispersaron de tal modo, que ni con las armas, ni con los consejos podían causar daño alguno. No emplearon los romanos términos medios, como acabo de manifestar.

Este ejemplo es el que deben imitar los príncipes y el que debieron seguir los florentinos cuando en 1502 se rebeló Arezzo y todo el Val de Chiana, porque, de obrar así, hubiesen asegurado su dominación y aumentado considerablemente la ciudad de Florencia adquiriendo los campos que le faltaban para sustentar a sus habitantes. Pero emplearon los términos medios, perniciosos siempre que se trata de disponer de los hombres: unos aretinos fueron desterrados, otros condenados y a todos se les privó de los cargos y honores que tenían en la ciudad, pero ésta quedó íntegra; y si algún florentino en las deliberaciones aconsejaba destruirla, los que parecían ser más sabios contestaban que su destrucción sería poco honrosa para la república, porque se creería que a Florencia le faltaban fuerzas para dominarla.

Esta razón es más aparente que verdadera: fundándose en ella, no se debía matar a un parricida, a un malvado o a un sedicioso, porque avergonzaría al príncipe mostrar que carecía de fuerza para dominar a un hombre solo. Los que tienen tales opiniones no ven que los hombres aislados o las ciudades enteras cometen a veces hechos punibles contra el estado, y que el príncipe se ve precisado a castigarlos por seguridad propia y para que el castigo sirva de ejemplo. Lo honroso es saber y poder castigar a los culpados, no el poderlos contener a costa de mil peligros. El príncipe que no castiga a quien delinque de manera que no pueda volver a delinquir, es tenido por ignoante o cobarde.

Lo atinada que fue la determinación de los romanos en el caso citado, confírmalo, si necesario fuese, la que tomaron también contra los privernates. En este punto del texto de Tito Livio deben notarse dos cosas: una, lo que antes hemos dicho de que a los súbditos rebeldes se les debe beneficiar o destruir, y la segunda, cuánto agradan a los hombres prudentes y sabios la nobleza del ánimo de los que dicen la verdad ante ellos.

¹ Los dioses inmortales os han hecho tan dueños de determinar lo que queráis, que pusieron en vuestras manos la existencia o no existencia del Lacio. Podéis tener paz perpetua con el Lacio, con el rigor o con la clemencia. ¿Queréis ser crueles con los rendidos a vuestra discreción? Podéis acabar con todo el Lacio. ¿Preferís, imitando a vuestros mayores, aumentar las fuerzas de Roma recibiendo a los vencidos en la ciudad? Momento sumamente glorioso tenéis para multiplicar sus habitantes. Seguramente el más firme imperio es el que se obedece de buen grado, y mientras los latinos están sumidos en estupor, conviene apoderarse de ellos, o por temor, o por los beneficios.

Estaba reunido el senado romano para juzgar a los privernates que se habían rebelado y sometido después por fuerza a la obediencia de Roma. Los habitantes de Privernum enviaron muchos ciudadanos para implorar perdón al senado, y, estando a su presencia, preguntó un senador a uno de ellos: *quam poenam meritos Privernates censeret?*¹ A lo que contestó el preguntado *Eam, quam merentur qui se libertate dignos censent.*² A esto replicó el cónsul: *Quid si poenam remittimus vobis, qualem nos pacem vobiscum habituros speremus?*³ A lo cual contestó el otro: *Si bonam dederitis, et fidelem et perpetuam; si malam, haud diuturnam.*⁴ Aunque a muchos desagradó esta altivez, la parte mayor y más sabia del senado dijo: *Se audivisse vocem et liberi et viri; nec credi posse illum populum, aut hominem, denique in ea conditione cujus eum paeniteat, diutius quam necesse sit, mansurum. Ibi pacem esse fidam, ubi voluntarii pacati sint, neque eo loco ubi servitutem esse velint fidem sperandam esse.*⁵ Conforme a estos principios decidió el senado que los privernates fueran ciudadanos romanos, concediéndoles los privilegios correspondientes a esta ciudadanía y diciéndoles: *eos demum qui nihil praeterquam de libertate cogitant, dignos esse, que Romani fiant.*⁶ Tanto agradó a los ánimos generosos aquella verdadera y leal respuesta de los privernates, porque cualquier otra hubiese sido falsa y cobarde. Los que no opinan así de los hombres, sobre todo de los acostumbrados a ser libres o creer que lo son, se engañan, y este error les hace tomar partidos malos por sí y no satisfactorios para los que son objeto de ellos; partidos que con frecuencia ocasionan rebeliones y la ruina de los estados.

Volviendo al asunto de que trato en este capítulo, deduzco, de este ejemplo y del relativo a los latinos que cuando se ha de decidir respecto a grandes poblaciones acostumbradas a vivir en libertad conviene, o destruirlas o favorecerlas; cualquiera otra determinación es inútil. Se debe huir sobre todo de términos medios por ser perniciosos como lo fueron a los samnitas cuando redujeron a los romanos a las Horcas Caudinas y, no queriendo seguir la opinión de aquel anciano que les aconsejó dejarlos volver con honor o matarlos, tomaron un término medio; los desarmaron e hicieron pasar por debajo del yugo, permitiéndoles marchar llenos de rabia y de ignominia. Poco tiempo después conocieron a su pesar los samnitas cuán atinado era el consejo del anciano y cuán perniciosa su citada determinación, según explicaremos en sitio oportuno.

1 Qué pena merecían, a su juicio, los privernates.

2 La que merezcan los que se creen dignos de la libertad.

3 Si os perdonamos, ¿qué clase de paz esperaremos tener de vosotros?

4 Eterna y sincera si las condiciones son buenas, y si malas, pasajera.

5 Que era la respuesta de hombre libre y valeroso, y que no podía creer que ni pueblo ni hombre alguno vivieran en condición afflictiva más tiempo que aquel a que la necesidad les obligara. Que no había paz sólida cuando los vencidos no la aceptaban de buen grado, y que no se debía esperar fidelidad de los que fueran tratados como esclavos.

6 Los que piensan ante todo en su libertad, dignos son de la confianza de los romanos.

Capítulo XXIV

Las fortalezas son en general más perjudiciales que útiles

Parecerá a los sabios de ahora que los romanos obraron mal al no construir fortalezas para asegurarse la posesión de los pueblos del Lacio y de la ciudad de Privernum, siendo axiomático en Florencia y repitiéndolo de continuo nuestros sabios, que Pisa y otras ciudades semejantes deben tener siempre fortalezas. Y en verdad, si los romanos hubiesen sido, como son ahora nuestros políticos, pensarían en edificarlas; pero teniendo otro valor, otro juicio y otro poder, no las construyeron.

Mientras Roma vivió libre y atendida a su leyes y a su excelente régimen, jamás hizo fortalezas para sujetar ciudades o provincias, y sólo conservó alguna de las que encontró construidas. Tal fue la conducta de los romanos en este punto, contraria a la nuestra, y creo oportuno examinar si es bueno construir fortalezas y si éstas son útiles o perjudiciales a quienes las edifican.

Primeramente se debe considerar si las fortalezas se hacen para defenderse de los enemigos o para sujetar a los súbditos. En aquel caso no son necesarias, y en éste perjudiciales. Empezaremos por demostrar lo último.

Cuando un príncipe o república tiene miedo a sus súbditos o teme que se rebelen, es porque se hace odioso a ellos. Este odio nace de su mal comportamiento y el mal proceder de la confianza en su fuerza o de la poca prudencia de los gobernantes. Una de las cosas que engendra la confianza en la fuerza es tener fortalezas, y los malos tratamientos que producen el odio los ocasiona no pocas veces esta confianza de los príncipes o las repúblicas en sus plazas fuertes; en tal concepto son mucho más perjudiciales que útiles, pues en primer lugar, como he dicho antes, permiten a los tiranos ser más audaces y más violentos con los súbditos, y en segundo, no prestan la seguridad que se cree, porque cuanta violencia se emplea para contener a un pueblo es nula excepto en dos casos: cuando se tiene dispuesto siempre un buen ejército para salir a campaña, como lo tenían los romanos, o cuando los súbditos se desordenan y dispersan de suerte que no pueden unirse para ofender. Si los empobreces, *spoliatis arma supersunt*.¹ Si los desarmas, *furor arma ministrat*.² Si matas a los jefes y continúas oprimiendo a los demás, renacen los jefes como las cabezas de la hidra, y si construyes fortalezas, te serán útiles en tiempo de paz porque te animan a obrar mal; pero en el de guerra inutilísimas, porque atacadas por tus enemigos y por tus súbditos, no es posible que resistan a unos y otros.

¹ La miseria hace encontrar armas.

² El furor proporciona armas.

Nunca las fortalezas fueron tan inútiles como en nuestros tiempos, por causa de la artillería, cuyo ímpetu hace imposible la defensa de las pequeñas plazas, donde no hay sitio para nuevos reparos, una vez destruidos los muros.

Deseo tratar este asunto detalladamente.

Si quieres tú ¡oh príncipe! con tales fortalezas refrenar al pueblo de tu ciudad; si quieres tú, príncipe o república, sujetar la ciudad conquistada en la guerra, diríjome al príncipe y le digo: la fortaleza para hacerte respetar de tus súbditos no puede ser más inútil, por las razones ya dichas; porque estará más pronto y tendrás menos reparo en oprimirlos, y esta opresión les inducirá a tu ruina y les alentará a realizarla de tal modo, que la fortaleza, motivo del odio, no te podrá defender.

Un príncipe sabio y bueno, para no dejar de serlo ni dar a sus hijos audacia y ocasión de ser malos, no construirá fortalezas, a fin de que funden su poder, no en las fortificaciones, sino en el amor de sus súbditos.

Si el conde Francisco Sforza, que llegó a ser duque de Milán y tenía fama de sabio, hizo en Milán un ciudadela, no fue en este caso sabio, y los hechos demostraron que tal fortaleza fue para daño, y no para seguridad de sus herederos; porque creyendo que con ella vivían seguros y podían maltratar a sus súbditos, apelaron a toda clase de violencias, llegando a ser tan odiosos que perdieron sus estados cuando los atacó el enemigo. Aquella fortaleza que en la paz les había perjudicado tanto, no les prestó en la guerra utilidad alguna. De no haberla tenido, y sí la más elemental prudencia, hubieran tratado bien a sus súbditos, descubierto más pronto el peligro y retirándose a tiempo, pudiendo después resistir más valerosamente el ímpetu de los franceses con súbditos fieles y sin fortaleza, que con ésta, pero sin el apoyo de los milaneses.

Las fortalezas para nada son útiles, porque se pierden, o por traición de quien las guarda, o por la fuerza de quien las ataca, o por hambre. Si quieres que te sirvan y ayuden a recobrar un estado perdido, donde sólo queden en tu favor las fortalezas, necesitarás un ejército para arrojar del país al que te ha expulsado, con cuyo ejército de todos modos recobrarías el estado aunque no hubiera fortalezas, tanto más fácilmente cuanto más fieles te sean los súbditos, por no haberles maltratado a causa del orgullo que te inspiren las plazas fuertes.

La experiencia demuestra que la ciudadela de Milán no fue de ninguna utilidad, ni a los Sforzas ni a los franceses en la época de sus desventuras, y a todos causó no poco daño y ruina, porque, confiando en ella, no pensaron en medios más honrosos para conservar el ducado.

Guido Ubaldo, duque de Urbino, hijo de Federico, famoso capitán de su época, fue echado de sus dominios por César Borja, hijo del papa Alejandro VI, y al volver a ellos cuando se lo permitieron los sucesos, mandó arrasar todas las fortalezas que había en su ducado por considerarlas perjudiciales. Amado de sus súbditos, no las necesitaba para imponerles fidelidad, y bien veía la imposibilidad de

defenderlas de los enemigos sin tener un ejército en campaña, por lo cual prefirió destruirlas.

El papa Julio II echó a los Bentivoglio de Bolonia y construyó en dicha ciudad una fortaleza. Sirvió ésta al gobernador de la plaza para maltratar al pueblo de tal suerte, que se rebeló y le hizo perder la fortaleza, no aprovechándole para nada, y antes perjudicándole, porque, de no tenerla, se hubiera portado de otro modo.

Nicolás de Castello, padre de los Vitelli, al volver a su patria, de donde había sido desterrado, hizo derribar inmediatamente dos fortalezas que había construido el papa Sixto IV, pensando que, para conservar sus dominios, valía más el amor del pueblo que las plazas fuertes. Pero el ejemplo más reciente y notable de todos los que prueban la inutilidad de construir fortalezas y la utilidad de arrasarla es el de Génova, ocurrido en nuestros días. Sabido es que en 1507, Génova se rebeló contra el rey Luis XII de Francia, quien acudió allí en persona con todo su ejército para recuperarla, y cuando lo consiguió hizo construir un castillo, el más formidable de los conocidos hasta entonces, porque por su situación y por otras circunstancias era inexpugnable. Situado sobre una colina que se extiende hasta el mar, y que los genoveses llaman Codefa, batía el puerto y gran parte del estado de Génova. Ocurrió después, en 1512, que, expulsados los franceses de Italia, Génova, a pesar de su fortaleza, se sublevó, poniéndose al frente de la sublevación Octavio Fregoso, quien hábilmente, y al cabo de dieciséis meses, se apoderó por hambre del castillo. Algunos creían, y muchos le aconsejaban, que lo conservara para refugio propio en cualquier trance; pero él, como político prudentísimo, reconociendo que no son las fortalezas, sino la voluntad de los hombres lo que mantiene a los príncipes en los estados, lo demolió. Fundando, pues, la dominación, no en el castillo, sino en su valor y prudencia, la ha conservado y conserva todavía; y bastando antes un millar de hombres para cambiar el gobierno de Génova, sus adversarios le han atacado con diez mil, sin poder vencerle.

Todo esto demuestra que el arrasar el castillo no ha perjudicado a Octavio, y el construirlo no sirvió de defensa al rey de Francia, porque cuando pudo venir a Italia con su ejército, recuperó a Génova no fortificada, y cuando le fue imposible acudir con sus tropas, perdió a Génova con la fortaleza. Mucho gastó el rey en construirla y la perdió vergonzosamente, mientras para Octavio fue motivo de gloria conquistarla y de utilidad destruirla.

Pero vengamos a las repúblicas que construyen fortalezas, no en su patria, sino en los países conquistados. Si para comprender el error no bastan el ejemplo de Francia y Génova, creo que bastará el de Florencia y Pisa. Cuando los florentinos construyeron una ciudadela para dominar a Pisa, desconocieron que una ciudad siempre enemiga de ellos, que había sido libre y que se rebelaba por serlo, no dependería de ellos sino por el procedimiento romano de asociarla al estado o destruirla.

La utilidad de las fortalezas bien se vio cuando bajó a Italia el rey Carlos VIII, a quien se rindieron todas o por traición de sus gobernadores o por miedo de mayor mal. Si no hubieran existido,

tampoco los florentinos fundaran en ellas su esperanza de dominar a Pisa, ni el rey se valiera de este motivo para quitarles dicha ciudad. Los medios que emplearon, antes de hacer la ciudadela, para su dominación en Pisa bastarán para conservarla, y sin duda no dieran tan mal resultado como las fortificaciones.

En conclusión, las fortalezas en el interior de la patria y para dominarla son perjudiciales, y para conservar las tierras conquistadas inútiles. Lo afirmo fundándome en la autoridad de los romanos, quienes en las comarcas donde querían mantener por la fuerza su dominio, no las edificaban y destruían las hechas. A los que aleguen contra esta opinión el ejemplo de Taranto en la antigüedad y de Brescia en estos tiempos, ciudades que, sublevadas, pero quedando en poder de los dominadores sus fortalezas, por medio de éstas las recuperaron, responderé que para recobrar a Taranto al cabo de un año fue enviado Fabio Máximo con todo su ejército, quien lo mismo hubiera vencido la sublevación no estando la fortaleza en poder de los romanos, y si por ella atacó Fabio la ciudad, de no haberla, hubiera acometido por cualquier otro punto, con igual resultado. No comprendo la utilidad de una fortaleza cuando para rendir la plaza que domina se necesita un ejército consular y un general como Fabio Máximo. Que los romanos se hubieran apoderado de Taranto, de cualquier otro modo lo prueba el ejemplo de Padua, que no tenía ciudadela y reconquistaron con su ejército.

Respecto a Brescia, diré que rara vez sucede lo que ocurrió en esta rebelión, y fue que la fortaleza quede en poder de los dominadores y tengan éstos un numeroso ejército en las cercanías, como lo estaba el de los franceses. En efecto; encontrábase Gastón de Foix con sus tropas en Bolonia cuando supo la sublevación de Brescia, y sin pérdida de tiempo salió para dicho punto, donde llegó a los tres días, entrando por la ciudadela en la ciudad. Necesitó, pues, la fortaleza de Brescia para ser útil un monseñor de Foix y un ejército francés que, a los tres días de la sublevación, la socorriera.

Este ejemplo, pues, no contrarresta lo alegado sobre la inutilidad de las fortificaciones. Muchas plazas fuertes han sido conquistadas y reconquistadas en las guerras de estos tiempos, con igual facilidad que se conquistan y reconquistan las comarcas abiertas, no sólo en Lombardía, sino en la Romaña, en el reino de Nápoles y en toda Italia.

En cuanto a las fortalezas construidas para defenderse de los enemigos exteriores, afirmo que no las necesitan los reinos y repúblicas que tienen buenos ejércitos, y si no los tienen, son aquellas inútiles; porque los buenos ejércitos defienden el país sin necesidad de fortalezas, y éstas, sin buenos ejércitos, no pueden defenderlo.

Prueba dicha afirmación la conducta y la experiencia de los pueblos tenidos por más sabios y más hábiles en la gobernación y en los demás actos de la vida pública, los romanos y los espartanos. Si los romanos no construían fortalezas, los espartanos ni siquiera construían murallas en sus ciudades, porque querían que su única defensa consistiera en el valor de los ciudadanos. Por esto preguntando un ateniense a un espartano si le parecían fuertes los muros de Atenas, respondió: «Sí; si dentro de ellos sólo hay mujeres».

Un príncipe que cuenta con buenos ejércitos, si en las costas o fronteras de sus estados tiene algunas fortalezas que, mientras reúne sus fuerzas, detengan al enemigo, pueden serle alguna vez convenientes, aunque no necesarias. Pero si el príncipe no tiene buen ejército, las plazas fuertes en las fronteras o en el interior le son perjudiciales e inútiles; perjudiciales porque fácilmente se pierde y el enemigo se vale de ellas; y si fueran inexpugnables para el invasor, éste las deja a su espalda y no sirven para nada; porque los buenos ejércitos cuando no encuentran seria resistencia, entran en país enemigo sin cuidarse de las ciudades y fortalezas que a su espalda dejan. Así lo refiere la historia antigua y así lo hizo Francisco María al invadir recientemente el ducado de Urbino, dejando tras sí diez ciudades enemigas sin hacer caso de ellas.

En resumen: el príncipe que pueda tener buen ejército no necesita edificar fortalezas, y el que no lo tiene tampoco debe construir las. Lo que le conviene es fortificar la ciudad donde habite y tenerla bien provista y bien dispuestos sus habitantes a resistir el ataque del enemigo, para dar tiempo a un tratado o un auxilio extranjero que le libre de él. Todos los demás medios son costosos en la paz e inútiles en la guerra.

Quienes aprecien bien cuanto he dicho, conocerán que los romanos, sabios en todas las cosas, fueron prudentes en sus determinaciones respecto a los latinos y a los privernates, que sujetaron a su dominación sin necesidad de fortalezas y por medios más hábiles y valerosos.

Capítulo XXV

Que es mala determinación aprovechar las discordias entre los habitantes de una ciudad para asaltarla y ocuparla

Tanta era la desunión entre la nobleza y el pueblo en la república romana, que los veyenses, unidos a los etruscos, pensaron aprovecharla para acabar con Roma y organizando un ejército, invadieron los dominios romanos. Envió el senado contra ellos a Cn. Manlio y a M. Fabio, que llevaron sus tropas adonde estaban los veyenses, quienes, con frases injuriosas vituperaban y ofendían el nombre de Roma, llegando a tanto su temeridad e insolencia, que los romanos, dando al olvido sus disensiones, se unieron, libraron la batalla y los derrotaron.

206 Este ejemplo prueba cómo se engañan los hombres, según antes dijimos, al tomar una resolución, y cómo creen muchas veces ganar alguna cosa y la pierden. Juzgaron los veyenses que, si atacaban a los romanos desunidos, los vencerían, y su ataque ocasionó que se unieran y los derrotaran. La causa de la desunión en las repúblicas nace muchas veces del ocio que sigue a la paz, y el motivo de la unión del miedo a la guerra. Si los veyenses hubieran sido astutos, pensarían menos en la guerra cuanto mayor fuera la desunión en

los romanos, procurando, con las artes de la paz, someterlos. El modo de conseguir esto es inspirar confianza a los parciales de cada bando y ofrecer tu mediación mientras no llegan a las armas. Cuando esto sucede, ayudar algo a la parte más débil para mantener la lucha y que ésta cause la ruina de unos y de otros, sin presentar grandes fuerzas que les hagan sospechar tus propósitos de opresión y tus deseos de llegar a ser su rey. Observando esta conducta conseguirás el fin que ambicionas.

La ciudad de Pistoya, citada en otro capítulo y con otro objeto, se sometió a la república de Florencia por estos medios. Dividida en bandos, los florentinos favorecían alternativamente uno u otro, cuidando de no destruir ninguno, y así la llevaron al extremo de que, cansada de aquella vida de desórdenes, se echó voluntariamente en brazos de Florencia.

Nunca han influido tanto los florentinos en Siena como cuando les han hecho pocos y pequeños favores a cualquiera de sus bandos, pues al querer auxiliarse con grandes fuerzas, todos los sieneses se unían para defender el régimen existente.

Añadiré a los anteriores otro ejemplo. Aprovechando las discordias de los florentinos les declaró varias veces la guerra Felipe Visconti, duque de Milán, y siempre fue vencido, hasta el punto de decir, quejándose de sus fracasos, que las locuras de los florentinos le habían hecho gastar inútilmente dos millones en oro.

En suma: los veyenses y los etruscos engañáronse en sus propósitos, como ya hemos dicho, y en una sola batalla fueron dominados por Roma. De igual suerte se engañará siempre quien por tales vías y en parecidas circunstancias crea poder subyugar un pueblo.

Capítulo XXVI

Las injurias e impropiedades engendran odio contra quien las emplea y no les producen utilidad alguna

Creo que una de las mejores reglas de prudencia que puedan usar los hombres es la de abstenerse de injurias y amenazas de palabra, porque ninguna de ambas cosas quita fuerza al enemigo. En cambio aquéllas engendran contra ti odio, y éstas le obligan a ser más cauto y a emplear mayor industria en tu ofensa.

Bien se ve esto en el ejemplo de los veyenses, de quienes hemos hablado en el anterior capítulo. No contentos con causar a los romanos los males de la guerra, añadieron a ellos frases injuriosas cuyo uso deben prohibir los jefes prudentes a sus soldados, porque enardecen al enemigo y le excitan a la venganza, sin quitarle, como he dicho, los medios de ofender; de suerte que la injuria es un arma que se vuelve contra quien la emplea.

De esta verdad hubo un ejemplo notable en Asia. Sitiaba el general persa Gabade a Amida, y, cansado de la duración del asedio, determinó no continuarlo y marcharse. Cuando levantaba el cam-

pamento, los habitantes de la ciudad acudieron a las murallas ensoberbecidos con la victoria, y no omitieron ninguna clase de injuria, vituperando y acusando de cobardía al enemigo. Irritado Gabade mudó de propósito, y volviendo al asedio por la indignación que le produjeron las ofensas, a los pocos días tomó y saqueó la ciudad.

Esto mismo sucedió a los veyenses, los cuales, como he dicho, no creyendo bastante hacer la guerra a los romanos, los injuriaban de palabra e iban hasta las estacadas de su campamento para insultarles, irritándoles más con las palabras que con las armas: de modo que los soldados que al principio combatían de mala gana, obligaron a los cónsules a dar la batalla y, según referí, sufrieron los veyenses la pena de su imprudente audacia.

Deben, pues, los buenos generales y los buenos gobernadores de las repúblicas prohibir el uso de injurias e improprios, lo mismo entre ciudadanos que entre militares; lo mismo en la población que en el ejército; lo mismo entre sí que contra el enemigo, porque contra el enemigo producen los resultados ya dichos, y entre sí tienen peores consecuencias si no se cuida de reparar inmediatamente sus efectos, como lo hacen siempre las personas sensatas.

Cuando las legiones romanas dejadas en Capua conspiraron contra los capuanos, como en su lugar se dirá, la conjura produjo una sedición que apaciguó Valerio Corvino, y entre las cláusulas del convenio que se hizo fue una la de imponer penas gravísimas a los que se atrevieran a censurar a aquellos soldados por la sedición.

Durante la guerra contra Anibal fue nombrado Tiberio Graco general de los esclavos, que los romanos, a falta de hombres libres, habían armado, y entre las primeras cosas que ordenó fue una castigar con pena capital a quien echase en cara a cualquiera de ellos su estado de esclavitud. Tan dañoso consideraron los romanos vilipendiar a los hombres o acusarles de algo vergonzoso, porque no hay cosa que más enardezca los ánimos, ni cause mayor indignación como las injurias dichas en serio o en burlas: *Nam facetiæ asperæ, quando nimium ex vero traxere, acrem, sui memoriam relinquunt.*¹

Capítulo XXVII

Los príncipes y las repúblicas prudentes deben contentarse con vencer, porque muchas veces, por querer más, se pierde todo

208 El usar palabras ofensivas contra el enemigo nace las más veces de la soberbia que la victoria engendra o de la falsa esperanza de vencer, falsa esperanza que hace errar a los hombres no sólo en lo que dicen, sino también en lo que hacen, porque al penetrar en su corazón le hace traspasar los justos límites y perder con frecuencia

¹ Porque las burlas crueles, cuando en el fondo tienen algo de verdad, dejan amarga memoria.

la ocasión de conseguir un bien seguro por ambicionar otro mayor, pero incierto.

Asunto es éste que merece ser considerado, por ser frecuentes los errores de los hombres con daño propio y de su patria, y creo debo tratarlo especialmente con ejemplos antiguos y modernos, porque con razonamientos no podría demostrarlo de un modo evidente.

Cuando Anibal derrotó a los romanos en Canas, envió comisionados a Cartago para dar cuenta de su victoria y pedir recursos. Discutióse mucho en el senado sobre lo que debía hacerse. Hannón, anciano y prudente ciudadano cartaginés, aconsejó que se aprovechara la victoria hábilmente para ajustar la paz, pues como vencedor, se obtendría con condiciones ventajosas y no esperar a tenerla que pedir como vencido; porque el propósito de los cartagineses era demostrar a Roma que tenían fuerzas y medios para combatirla y, conseguido el triunfo, no se debía aprovechar esta ventaja por la esperanza de otro mayor. Rechazóse el consejo y el senado cartaginés comprendió lo bueno que era cuando pasó la oportunidad de seguirlo.

Había conquistado ya Alejandro todo el Oriente cuando la república de Tiro, célebre en aquellos tiempos y poderosa por tener su capital asentada en islotes como Venecia, viendo la grandeza de Alejandro, le envió embajadores para decirle que querían ser buenos servidores suyos y prestarle la obediencia que deseaba; pero que no recibirían ni a él ni a su ejército en el territorio de la república. Indignado Alejandro porque una ciudad le cerrara las puertas cuando todo el mundo se las había abierto, despidió a los embajadores, rechazando las condiciones, y mandó sitiar a Tiro. Edificada ésta según he dicho, sobre islotes, estaba provista de los víveres y municiones necesarios para la defensa; de modo que, después de cuatro meses de asedio comprendió Alejandro le entretenía aquel sitio más tiempo que sus muchas anteriores conquistas, sin ganar mayor fama, y determinó hacer un convenio con Tiro, concediéndole lo mismo que los embajadores de esta ciudad habían ofrecido antes. Pero enorgullecidos los sitiados, no sólo rehusaron aceptar el ofrecimiento, sino además mataron a los comisionados para hacerlo. La indignación de Alejandro fue tan grande que, apretando el asedio, tomó y arruinó la ciudad y mató o esclavizó a sus habitantes.

Vino en 1512 un ejército español a los dominios florentinos para restablecer a los Médici en Florencia e imponer tributos a la ciudad. Llamáronle algunos florentinos prometiéndole que, al entrar en las tierras de su patria, empuñarían las armas en su favor: llegó a la llanura, y nadie se sublevó. Por carecer de víveres intentaron los españoles un convenio; pero ensoberbecido el pueblo de Florencia no lo aceptó, ocasionando la pérdida de Prato y la ruina del estado.

El mayor error que pueden cometer los príncipes que se ven atacados por fuerzas muy superiores a las suyas desde hace largo tiempo, es, por tanto, negarse a un acuerdo, sobre todo si se lo ofrecen, porque las proposiciones no serán tan duras que no favorezcan de algún modo a quien las acepta, y en tal sentido se interpretan como una victoria suya.

Debió bastar al pueblo de Tiro que Alejandro aceptara las condiciones que primero rehusó, y era para aquél una brillante victoria

obligar a tan grande hombre con las armas en la mano a condescender con su deseo. Debíó bastar también al pueblo florentino, y también era una victoria, que el ejército español cediera en algunas de sus pretensiones y no realizara todos sus propósitos, que eran tres: cambiar el régimen de gobierno en Florencia, separarla de la alianza francesa y obligar a dar dinero. Con ofrecerle de estas tres cosas las dos últimas, hubiera quedado al pueblo una, la de conservar su forma de gobierno. Teniendo este honor y esta satisfacción, no debíó cuidarse de los otros dos propósitos, pues que mantenía su independencia ni aun esperando como segura mayor victoria, exponer a los caprichos de la fortuna sus últimos recursos, cosa que sin extrema necesidad no hace ninguna persona prudente.

Llamado por los cartagineses para socorrer a su patria, partió Aníbal de Italia después de estar en ella dieciséis años victorioso. Encontró a Sifax y a Asdrúbal derrotados, perdido el reino de Numidia, reducido el poder de Cartago a los muros de esta ciudad, y sin más medios de resistencia que el ejército a sus órdenes. Conociendo que era éste el último recurso de su patria, no quiso arriesgarlo inmediatamente y sin intentar antes otros remedios. No se avergonzó de pedir la paz, juzgando que si había salvación para Cartago era en la paz y no en la guerra, y cuando los romanos la negaron dio la batalla, casi cierto de perderla, por si la fortuna le favorecía o, en caso contrario, sucumbir gloriosamente.

Si Aníbal, que era tan valeroso y tenía intacto su ejército, procuró primero la paz que la guerra, cuando vió que de la pérdida de una batalla dependía la libertad de su patria, ¿qué deben hacer los de menor valor y menos experiencia que él? Pero los hombres cometen la falta de no limitar sus esperanzas, y, fundándose en ellas, sin atender a otras condiciones, llegan a la ruina.

Capítulo XXVIII

De lo peligroso que es para una república o un príncipe no castigar las ofensas hechas a los pueblos o a los particulares

Lo que causa indignación a los hombres se conoce fácilmente por lo que sucedió a los romanos cuando enviaron a los tres Fabios de embajadores a los galos que venían a atacar a Etruria y especialmente a Clusium. Había pedido esta ciudad auxilio a Roma, la cual encargó a sus embajadores dijeran a los galos en nombre del pueblo romano, que se abstuvieran de guerrear contra los etruscos.

210

Llegaron los Fabios en el momento en que se iba a dar la batalla entre galos y etruscos, y siendo más a propósito para los hechos que para las palabras, se unieron a éstos y pelearon contra aquéllos. Reconocidos por los galos, toda su indignación contra los etruscos la convirtieron contra los romanos, y fue aun mayor porque, habiendo enviado embajadores al senado de Roma para quejarse de esta ofensa, pidiendo que como reparación de ella les entregara a

los Fabios, no sólo no se lo dieron, ni les castigaron de ningún otro modo, sino que en las elecciones hechas entonces por los comicios fueron nombrados tribunos con potestad consular. Viendo los galos recompensados a los que merecían castigo, juzgaron que esto se hacía por menosprecio y ofensa a ellos, y llenos de indignación y de ira atacaron a Roma y la tomaron, excepto el Capitolio. Motivo de esta desdicha de los romanos fue su inobservancia de la justicia, porque, habiendo violado sus embajadores el derecho de gentes (*jus gentium*) y debiendo ser castigados, fueron premiados.

Los príncipes y las repúblicas deben, pues, procurar que no se cometan tales ofensas, ni contra los pueblos, ni contra los particulares; porque si un hombre es gravemente ofendido por un estado o un individuo y no obtiene la reparación que juzgue necesaria, si es ciudadano de una república, procura vengarse aunque sea a costa de la ruina de su patria, y si súbdito de un príncipe, y tiene alguna altivez, no quedará satisfecho hasta que de algún modo se haya vengado de él, aun a costa de su propia vida.

El mejor y más elocuente ejemplo de esto que digo es el de Filipo de Macedonia, padre de Alejandro. Había en su corte un hermoso y noble joven llamado Pausanias, de quien se enamoró Atalo, uno de los personajes más importantes del reino. Solicitó éste repetidas veces a Pausanias para que accediera a sus deseos y, rechazado siempre por el joven, determinó conseguir por engaño y fuerza lo que de otro modo le era imposible. Al efecto organizó un espléndido banquete al que acudieron Pausanias y muchos otros señores ilustres. Cuando todos habían comido y bebido en abundancia, hizo sujetar a Pausanias, conducirlo a una secreta estancia, y allí, no sólo satisfizo por medio de la violencia su liviandad, sino, para mayor ignominia, hizo que muchos otros de los convidados le atropellaran de igual modo.

De esta gravísima ofensa quejóse muchas veces Pausanias a Filipo, quien, entreteniéndole durante algún tiempo con la esperanza de vengarle, no sólo no lo hizo, sino que dio a Atalo el gobierno de una provincia de Grecia. Viendo Pausanias a su enemigo premiado en vez de castigado, indignóse, no tanto contra quien le había injuriado como contra Filipo, que le dejó sin venganza, y en un día solemne, el de las bodas de la hija de Filipo con Alejandro, rey de Epiro, cuando Filipo iba a celebrarlas al templo entre los dos Alejandro, su hijo y su yerno, le asesinó.

Este ejemplo, parecido al de los romanos, demostrará a los gobernantes que a ningún hombre se le debe menospreciar hasta el punto de creer que, por injuriado que sea, no pensará en vengarse a costa de los mayores peligros, aun el de perder la vida.

Capítulo XXIX

La fortuna ciega el ánimo de los hombres cuando no quiere que éstos se opongan a sus designios

Si se considera bien cómo proceden las cosas humanas, se verá que muchas veces ocurren hechos y accidentes que los cielos impiden prever. Habiendo sucedido esto en Roma, donde había tanto valor, tanta religiosidad y tan buenas instituciones, no es maravilla que ocurra con mayor frecuencia en ciudad o estado faltos de tales condiciones.

Prueba esto la omnipotencia del cielo en las cosas humanas, y Tito Livio procura demostrarlo en largo y elocuente discurso diciendo que, por querer el cielo para algún designio suyo que los romanos conocieran su poder, hizo que los Fabios, enviados como embajadores a los galos, cometieran la falta ya dicha, que ocasionó la guerra contra Roma; determinó después que en esta guerra no hicieran los romanos cosa alguna digna de este gran pueblo, pues primero ordenaron el destierro a Ardea de Camilo, quien era el único remedio a tanto mal; después, cuando los galos estaban ya en marcha contra Roma, los mismos que para contener el ímpetu de los volscos y de otros infinitos enemigos habían nombrado muchas veces un dictador, no le nombraron en esta ocasión; la recluta de los soldados fue escasa y tardía, siendo tan remisos para empuñar las armas, que apenas llegaron a tiempo de encontrar a los galos junto al río Allia, a diez millas de Roma. Allí sentaron los tribunos el campamento sin ninguna de las acostumbradas precauciones, no examinando primero el terreno, no rodeándole de fosos y parapetos, no practicando, pues, nada de lo que aconseja la prudencia divina o humana. Al dar la batalla, las líneas eran de escasa profundidad, de suerte que ni soldados ni capitanes hicieron nada digno de la disciplina romana. No se derramó sangre en la batalla, porque los romanos huyeron al ser atacados, dirigiéndose la mayoría a Veyos y los demás a Roma, donde, sin entrar en sus casas, se refugiaron en el Capitolio. En vista de ello el senado ni pensó en la defensa de Roma ni siquiera mandó cerrar las puertas de la ciudad; unos senadores huyeron y otros se encerraron en el Capitolio. Mejor orden emplearon en la defensa de éste, porque no lo llenaron de gente inútil y acumularon en él cuantos víveres pudieron para resistir el asedio. De la turba inútil, de viejos, mujeres y niños, la mayoría huyó a las poblaciones circunvecinas y el resto quedó en Roma presa de los galos. Así, pues, quien hubiese leído las cosas hechas por aquel pueblo tantos años antes y leyera después lo que sucedió entonces, no podría creer que se trataba del mismo pueblo. La descripción de tales desórdenes la termina Tito Livio, diciendo: *Adeo obcoecat animos fortuna, cum vim suam ingruentem refringi non vult.*¹

¹ De tal suerte obceca la fortuna los ánimos cuando no quiere que resistan a sus ataques.

Esta deducción es ciertísima. Los hombres que viven ordinariamente en la mayor prosperidad o en la mayor desventura merecen menos de lo que se cree alabanzas o censuras. La mayoría de las veces se les verá caer en la desgracia o ascender a la mayor fortuna impulsados por una fuerza superior a ellos, que procede del cielo y que les da o quita la ocasión de mostrar su virtud. Cuando la fortuna quiere que se realicen grandes cosas, elige un hombre de tanta inteligencia y tanto valor, que comprenda y aproveche la ocasión que le presenta. De igual manera cuando quiere producir grandes ruinas presenta en primer término hombres que ayuden a realizarlas, y si hubiera alguno capaz de impedir las, o lo mata o lo priva de los medios de ejecutar bien alguno.

Adviértase muy bien en estos sucesos que la fortuna, para engrandecer a Roma e impulsarla a su venidera gloria, juzgó necesario sufriese este descalabro (que narraremos al principio del siguiente capítulo), pero no quiso arruinarla por completo. Para esto hizo que Camilo fuera desterrado y no muerto, que los galos se apoderaran de Roma, pero no del Capitolio, que los romanos nada hicieran de provecho para defender la ciudad, ni descuidaran nada para defensa del Capitolio, que, para facilitar la ocupación de Roma, la mayoría de los soldados derrotados en el Allia huyeran a Veyos, privando así a Roma de todos los medios de defensa. Al mismo tiempo que arreglaba así las cosas, preparaba lo necesario para recobrar la ciudad, pues al efecto condujo a Veyos un ejército entero y puso a Camilo en Ardea, para que las tropas romanas, a las órdenes de un general que ninguna parte había tenido en la vergonzosa derrota de Allia y mantenía incólume su reputación, pudieran hacer frente al enemigo y reconquistar la patria.

Podrían aducirse ejemplos modernos en confirmación de lo expuesto, pero no lo juzgo necesario, bastando el de los romanos. Afirmó una vez más ser absolutamente cierto y estar demostrado en toda la historia que los hombres pueden secundar a la fortuna y no contrarrestarla; pueden tejer sus hilos, pero no romperlos. No deben abandonarse a ella porque, ignorando sus designios y caminando la fortuna por desconocidas y extraviadas sendas, siempre hay motivos de esperanza que sostendrán el ánimo en cualquier adversidad y en las mayores contrariedades de la suerte.

Capítulo XXX

Las repúblicas y los príncipes verdaderamente poderosos no adquieren aliados por dinero, sino con el valor y la reputación de su fuerza

213

Estaban los romanos sitiados en el Capitolio, y aunque esperaban el socorro de las tropas reunidas en Veyos y de Camilo, agobiados por el hambre empezaron a negociar con los galos para libertarse mediante una cantidad de oro; pero mientras convenían en ello y se estaba pesando el oro, llegó Camilo con su ejército,

cosa hecha por la fortuna, dice Tito Livio, para que los romanos no se vieran rescatados por dinero.

Esto no sólo es de notar en el caso citado, sino en todos los demás de la historia de la república romana, donde se ve que jamás hizo conquistas con dinero, ni la paz por dinero, sino por el valor de sus soldados, lo que creo no haya ocurrido a ninguna otra república.

Una de las señales para conocer el poderío de un estado, es su manera de vivir con sus vecinos. Cuando se arregla de modo que éstos, para conservar su amistad, le pagan tributos, seguramente el estado es poderoso. Si sus vecinos, aun siendo inferiores en fuerza, le sacan dinero, la prueba de su debilidad es evidente.

Léase toda la historia romana, y se verá que los marselleses, los eduos, los de Rodas, el siracusano Hierón, los reyes Eumenes y Masinisa, vecinos todos de los dominios de Roma, para que no les faltase la amistad de esta república, contribuían a sus gastos y a sus necesidades con tributos, sin otra recompensa que su protección.

Lo contrario sucede a los estados débiles. Empezando por el nuestro de Florencia, en los pasados tiempos, cuando era mayor su esplendor, no había potentado en la Romaña a quien no diera pensión, y las daba también a los de Perusa, a los de Castello y a todos sus demás vecinos. De estar la república florentina armada y poderosa, hubiese sucedido lo contrario; pues por acogerse a su protección, todos le hubieran dado dinero, procurando comprar la amistad de Florencia, en vez de venderle la suya.

Y no sólo a los florentinos se les debe censurar esta cobardía, sino también a los venecianos y al rey de Francia, quien, poseyendo un reino tan grande, es tributario de los suizos y del rey de Inglaterra. La causa de ello es tener desarmado al pueblo y preferir el citado rey y las repúblicas mencionadas la presente ventaja de poderlo oprimir y de evitar un peligro más imaginario que real, a hacer cosas encaminadas a la seguridad y felicidad perpetua del estado. Esta política débil produce la paz durante algunos años; pero ocasiona, andando el tiempo, necesidades, daños y ruina irremediables.

Larga tarea sería referir las veces que los florentinos, los venecianos y el rey de Francia han comprado la paz por dinero; en cuántas ocasiones se han sometido a la ignominia que, sólo en una, estuvieron los romanos a punto de sufrir. También sería largo nombrar las plazas y comarcas que florentinos y venecianos han adquirido por dinero; sistema que origina grandes desórdenes, porque lo que se conquista con oro no se sabe defender con hierro.

Observaron los romanos esta política generosa y este modo de vivir mientras fueron libres; pero al caer bajo el dominio de los emperadores, y cuando éstos empezaron a ser malos y a preferir la sombra del sol, comenzaron también a rescatarse por dinero, ora de los partos, ora de los germanos, ora de otros pueblos limítrofes, lo cual fue origen de la ruina del imperio. Este mal procedió de haber desarmado sus pueblos, y engendraba otro mayor, cual es que, cuando el enemigo más avanza en el interior de tus estados, más débil te encuentra; porque quien vive de este modo, maltrata a los súbditos

del interior de su imperio para mantener hombres que en las fronteras contengan al enemigo, y a fin de tenerlo más alejado, necesita dar pensiones a los señores y a los pueblos limítrofes. Así las cosas, se hace alguna resistencia en las fronteras; pero si el enemigo las traspasa, no quedan medios de contenerlo. Esta conducta es contraria a toda buena organización, pues lo que se debe tener armado es el corazón, la parte vital, y no las extremidades, que sin éstas se vive, pero la herida en el corazón mata. Los imperios organizados según hemos dicho, arman sus pies y manos y dejan el corazón sin defensa.

Esta viciosa organización se ha visto y se ve hoy día en Florencia, pues cuando cualquier ejército pasa las fronteras y se acerca al corazón de la república, no encuentra ninguna resistencia.

Hace pocos años que los venecianos dieron igual prueba de flaqueza, y se hubiera visto el fin de su ciudad a no estar rodeada por el agua. Esta inexperiencia no es tan frecuente en Francia, por ser aquél un gran reino y haber pocos que le superen en fuerza. Sin embargo, cuando los ingleses en 1513 invadieron a Francia, el temor fue tan general, que lo mismo el rey que los súbditos juzgaban posible la pérdida de la independencia con sólo perder una batalla.

Lo contrario sucedía a los romanos, pues cuanto más se acercaba el enemigo a Roma, tanta mayor era la resistencia que encontraba; y a la llegada de Aníbal a Italia se vio que, después de tres derrotas y de la muerte de tantos capitanes y soldados, no sólo pudieron contenerle, sino vencerle. Tenían bien armado el corazón y se cuidaban poco de las extremidades, porque los fundamentos de su poder era Roma, el pueblo latino, sus aliados soldados que fueron bastantes para conquistar y dominar el mundo. Prueba de esta verdad es la pregunta que hizo el cartaginés Hannón a los enviados de Aníbal después de la derrota de Canas. Ponderaban éstos lo hecho por Aníbal, cuando les preguntó Hannón si alguno del pueblo romano había venido a pedir la paz y si alguna de las ciudades latinas o de las colonias se había rebelado contra los romanos. Respondieron negativamente, y replicó Hannón: «Pues en tal caso, la guerra está como al comenzarla».

Demuestran, pues, las consideraciones expuestas cuán diverso es el modo de proceder entre las repúblicas modernas y las antiguas, y esto explica las milagrosas pérdidas y las milagrosas conquistas; porque donde los hombres tienen escaso valor y poca prudencia, muestra la fortuna su poder; y, como ésta es variable, cambian frecuentemente los estados y las repúblicas sometidos a su influencia, y continuarán variando mientras no aparezca alguno tan amante de los preceptos de la antigüedad que domine a la fortuna, quitándole los medios de mostrar su extrema inconstancia.

Capítulo XXXI

De lo peligroso que es dar crédito a los desterrados

Creo oportuno hablar aquí de lo peligroso que es dar crédito a los desterrados de su patria, cosa de que diariamente tienen que ocuparse los que gobiernan estados, y puedo demostrarlo con un ejemplo memorable que trae Tito Livio en su historia, aunque no con este propósito.

Cuando Alejandro Magno entró con su ejército en Asia, Alejandro de Epiro, su tío y cuñado, vino con otro ejército a Italia, llamado por los desterrados de Lucania, quienes le hicieron creer que, mediante ellos, ocuparía toda esta provincia. Confiando en esta promesa llegó a Italia, y los desterrados le mataron, por haberles prometido sus conciudadanos, como premio de esta muerte, levantarles el destierro.

Obsérvese, pues, cuán vana es la fe y las promesas de los que están desterrados de su patria. En cuanto a la fe, no se debe perder de vista que en cualquier ocasión pueden por otros medios que los que tú les des volver a sus casas, y, por tanto, que te abandonarán y se unirán a otros a pesar de sus promesas; y en cuanto a las facilidades que prometen y a las esperanzas que dan, debe tenerse en cuenta que su grandísimo deseo de volver a la patria les hace creer, naturalmente, muchas cosas falsas e inventar muchísimas. Lo que ellos creen y lo que intentan, te infunden esperanzas y realizan un gasto inútil y una empresa ruinosa.

En prueba de ello, basta añadir al ejemplo ya citado de Alejandro de Epiro el del ateniense Temístocles, que, por rebelde, tuvo que acogerse a la corte de Darío en Asia, e hizo a Darío tantas promesas para cuando quisiera atacar a Grecia, que éste decidió emprender la campaña; pero no pudiendo Temístocles cumplirle lo ofrecido, o por vergüenza, o por temor al suplicio, se envenenó. Si un grande hombre como Temístocles cometió este error, calcúlese cuánto se equivocaron los que, sin tener su talento y saber, se dejan arrastrar más fácilmente por la violencia de sus pasiones.

Deben, pues, los príncipes andar con tiento en acometer empresas aconsejadas por desterrados, porque las más veces sólo producen la vergüenza de un fracaso o daños gravísimos.

Como a veces se intenta tomar las plazas fuertes por sorpresa o por inteligencias con los de dentro, creo oportuno hablar de ello en el siguiente capítulo, añadiendo los diferentes modos que usaban los romanos para conquistarlas.

Capítulo XXXII

Diferentes sistemas de los romanos para tomar las plazas fuertes

Dedicados casi constantemente los romanos a la guerra, la hicieron siempre con toda clase de ventajas, tanto respecto a los gastos como a las demás cosas que a la milicia se refieren. Por ello procuraban no sitiar las plazas fortificadas, juzgando que los gastos y las molestias superaban mucho a la utilidad de tomarlas, y preferían apoderarse de ellas por cualquier otro sistema que el del asedio, hasta el punto de que, en tantas guerras durante tantos años, hay poquísimos ejemplos de sitios en regla.

Los dos modos que empleaban para tomar las fortalezas eran el asalto o la capitulación. El primero lo ejecutaban, o empleando sólo la fuerza de las armas, o ésta y la astucia. En el primer caso asaltaban los muros sin romperlos previamente (a lo cual llamaban *aggredi urbem corona*), porque rodeaban la población con todo el ejército y atacaban a la vez el recinto por todas partes, ocurriendo muchas veces que al primer asalto se apoderaban de la plaza, aunque fuera fortísima. Así tomó Escipión a Cartagena, en España. Cuando el asalto no era suficiente, procedían a romper los muros con arrietes y otras máquinas de guerra, o hacían minas por las cuales entraban en la ciudad (así tomaron la de Veyos), o, por igualarse en altura con los que defendían las murallas, construían torres de madera o terraplenes apoyados en los muros por su parte exterior. Contra el primer medio de ataque, cuando la plaza era asaltada por todos lados, defendíanse con sumo peligro los sitiados, y era muy dudoso su triunfo, porque, necesitando tener en toda la muralla bastantes defensores, o no los había para luchar y relevarse unos a otros, o, de haberlos, no eran todos de igual valor para resistir y, forzado un solo punto, perdíanse los demás.

Sucedía muchas veces, como he dicho, que esta forma de ataque tenía feliz éxito; pero si eran rechazados en el asalto no lo repetían, por ser peligroso para el ejército, a causa de tener que distribuir sus fuerzas en grande espacio y quedar débil para resistir una salida de los sitiados por un solo punto, además de lo que cansaba y desordenaba las tropas. Solían, pues, intentarlo una sola vez por sorpresa.

El ataque de las máquinas para abrir brecha en las murallas se resistía como ahora, haciendo parapetos interiores, y a las minas se oponían las contraminas impidiendo la entrada del enemigo o por fuerza, o cerrándole el paso en otras formas, una de las cuales era llenar toneles de plumas y pegarles fuego al meterlos en las minas; el humo pestilente hacía imposible entrar por ellas. Cuando el ataque era por medio de torres de madera procuraban incendiarlas y, cuando por terraplenes, rompían el muro por la parte inferior del punto en que éstos se apoyaba, metiendo por el agujero dentro

de la plaza la tierra que los de afuera amontonaban, de modo que el terraplén no aumentaba en altura.

Este género de ataque no se puede continuar largo tiempo, siendo preciso, si no tiene éxito pronto o levantar el sitio y buscar otro medio de vencer en la guerra, como hizo Escipión cuando, al llegar a África, atacó a Útica, no pudo tomarla y levantó el sitio para buscar y combatir al ejército cartaginés; o por formalizar el sitio en regla, como hicieron los romanos en Veyos, Capua, Cartagena, Jerusalén y otras plazas que de este modo ocuparon.

Ocurre la toma de las plazas por fuerza y astucia, cuando se tienen inteligencias con algunos de los sitiados. Así se apoderaron los romanos de Palepoli. Muchas veces los romanos y otros pueblos han intentado tomar fortalezas de este modo y pocas lo han conseguido, porque al más leve obstáculo desconcierta lo convenido y los obstáculos se presentan fácilmente, pues la conjura se descubre casi siempre antes de tener efecto, cosa no difícil por la falta de fidelidad entre los conjurados o por la casi imposibilidad de tramarla con un enemigo a quien no se le puede hablar sin justo motivo. Y aunque la conspiración no se descubra al tramarla, ocurren mil contrariedades al ejecutarla; porque el acudir un poco antes o un poco después del momento convenido, o cualquier ruido impensado, como el de los graznidos de los gansos del Capitolio, o un cambio en la forma habitual de vigilancia, o un error o una falta cualquiera, hace abortar la empresa. Añádase a esto la oscuridad de la noche, más temerosa para los que tienen que pelear en las tinieblas que cualquier otro peligro, y si desconocen los soldados las condiciones del sitio por donde han de ir, se confunden, aturden y acobardan por el más pequeño y fortuito accidente, bastando una sombra para ponerles en fuga.

Nunca hubo capitán tan experto en esta clase de ataques sigilosos y nocturnos como Arato de Sicione, tan bravo en ellos como pusilánime en los combates en pleno día y campo abierto. Esto debe atribuirse a un talento especial suyo, mejor que a la facilidad de realizar tales empresas, por ser muchas las que se intentan, pocas las que se practican y poquísimas las que tienen buen éxito.

En cuanto a las plazas que se entregan, preciso es distinguir si lo hacen voluntariamente o por fuerza. En el primer caso, si es por alguna necesidad exterior que les obliga a someterse al poder de otro, como lo hizo Capua con los romanos, o por deseo de ser bien gobernadas, induciéndoles a ello el ejemplo del buen gobierno que un príncipe tiene en los pueblos puestos bajo su dirección, como hicieron los de Rodas, los marselleses y tantos otros pueblos que voluntariamente se sometieron a los romanos.

En cuanto a la rendición forzada, o es término de un largo asedio, como yo he dicho, o la producen las continuas correrías, depredaciones y otros daños de que sólo se pueden librar entregándose. De todos los sistemas, éste fue el que con más frecuencia usaron los romanos, empleando cuatrocientos cincuenta años en gastar las fuerzas de sus vecinos con continuas correrías y batallas, y en adquirir sobre ellos, por medio de tratados, todas las ventajas posibles,

como ya dijimos. Los demás medios de agresión también los usaron; pero encontrando en ellos algo peligroso o inútil, prefirieron constantemente aquél, porque en los asedios hay pérdida de tiempo y de dinero, en los asaltos duda del éxito y peligro, y en las inteligencias con algunos de los sitiados, incertidumbre. Vieron prácticamente que una batalla ganada les daba en un día un reino, y en tomar por asedio una plaza obstinada en defenderse consumían muchos años.

Capítulo XXXIII

Los romanos daban a los generales de sus ejércitos completa libertad para dividir las operaciones militares

Creo que deben tenerse en cuenta, si se lee con fruto la historia de Tito Livio, las reglas de conducta del pueblo y del senado romano, y entre las muchas cosas dignas de estudio figura la extensión de la autoridad concedida a los cónsules, dictadores y demás generales de sus ejércitos, que era grandísima, no reservándose el senado sino el derecho de declarar la guerra o de confirmar la paz. Todo lo demás quedaba al arbitrio y bajo la potestad del cónsul. Porque acordada por el senado y el pueblo una guerra como, por ejemplo, la de los latinos, todos los detalles de la ejecución correspondían al cónsul, que podía dar una batalla o no darla, sitiar una plaza u otra según lo estimara conveniente.

Prueban esta libertad de acción muchos ejemplos, y especialmente lo ocurrido en una expedición contra los etruscos; porque habiéndoles vencido el cónsul Fabio cerca de Sutrium,¹ y determinando después pasar con el ejército la selva Cimina para internarse en la Etruria, ni pidió consejo al senado, ni siquiera le notificó su proyecto, a pesar de que se empeñaba en una campaña incierta y peligrosa, por ser en tierra desconocida. Demuestra la verdad de esto el acuerdo del senado, contrario al proyecto de Fabio, pues al saber la victoria del cónsul, sospechando que quisiera atravesar la citada selva de la Etruria, y creyendo que no debía intentarse tal cosa ni exponerse a aquel peligro le envió dos legados para decirle que no se internara en la Etruria. Llegaron éstos cuando ya habían atravesado la selva y alcanzado la victoria, y los que fueron para impedir la guerra volvieron como mensajeros de las conquistas hechas y de la gloria adquirida.

Bien examinada esta conducta, debe reconocerse que es prudentísima, porque si el senado hubiese querido que el cónsul obrara en la guerra conforme a detalladas y continuas instrucciones suyas, lo hacía más circunspecto y menos activo, por parecerle que la gloria del vencimiento no era de él, sino en participación con el senado, a cuyos consejos se había atendido. Además, el senado se

¹ Antigua y famosa colonia de los romanos. Era la llave de la Etruria por la parte de Roma. Hoy se llama Sutri.

entrometería a aconsejar en asuntos, para él desconocidos, pues aunque en él todos eran peritísimos en la guerra, cuando no se está en el ejército y no se saben los infinitos detalles de momento indispensables para aconsejar bien, se cometen muchos errores. Por esto quisieron que el cónsul obrara por sí y que la gloria fuese exclusivamente suya, juzgando que el deseo de adquirirla sería el mejor aliciente para que obrase bien.

Hago notar esta conducta con el mayor cuidado, porque veo que las repúblicas actuales, como la veneciana y la florentina, se portan de otro modo, y si sus generales, proveedores o comisarios tienen que emplazar una batería, quieren saberlo antes y decidirlo. Sistema tan digno de alabanza como los demás que practican; todos los cuales las han traído a la situación en que ahora se encuentran.